



Conde Flores

Grande guerra se publica
por la tierra y por el mar
y al conde Flores lo nombran
de capitán general.

Acaban de ser casados,
se tienen que separar,
ojos de la condesita
no cesaban de llorar.

“Dime, conde Flores,
¿cuántos años vas tardar?”
“Si a los dos años no vuelvo,
a los tres los más tardar,
si a los cuatro no llegara
viuda te puedes llamar.”

Pasan los tres y los cuatro
noticias del conde no hay,
ojos de la condesita
no cesaban de llorar.

Estando un día a la mesa
su padre le empezó a hablar:
“Deja el llanto, condesita,
hija, te debes casar.”

“No lo quiera Dios del cielo
ni la Santa Eternidad
de que yo sin ser viuda
ni me volviera a casar,
carta en mi corazón tengo
que don Flores vivo está.

Dame licencia, mi padre,
para el conde ia a buscar.”
“Licencia tienes, mi hija,
mi bendición nada más.”



Se retira a su aposento,
llora que te llorarás,
medias traía de seda,
de lana las fue a calzar,
zapatos traía de rosa,
los puso de cordobán,
y un abrial de seda verde
que valía un dineral.
Y encima del abrial puso
un hábito de sayal.

Cogió un bastón en la mano
y marchó a peregrinar.
Anduvo siete reinados,
cristianía y morendad,
anduvo por mar y tierra
y al conde no fue a encontrar.

Al llegar a unos pinales
gran vacada fue a encontrar.
“Vaquerito, vaquerito,
por la santa Eternidad,
¿de quién guardas tantas vaques
todas de un mismo señal?”

“Del conde Flores, mi amo,
que en aquel castillo está.”
“Vaquerito, vaquerito,
más te quería preguntar:
si el conde Flores, tu amo,
¿qué tal marcha por allá?”

“De la guerra vino rico,
mañana se va a casar,
ya están las gallinas muertas,
ya están amasando el pan
y las gentes convidadas
de lejos llegando están.”

“Vaquerito, vaquerito,
por la santa Eternidad,
por el camino más corto
me has de llevar allá.”



Jornada de todo el día
en medio la quiso andar
y al llegar frente al castillo
con el conde fue a dar.

“Ay que ojos de romera,
en mi vida he visto tal.”
“Si los has visto, buen conde,
que en Sevilla estado has.”

“Pues si eres de Sevilla,
¿qué se cuenta por allá?”
“Del conde Flores, señor,
poco bien y mucho mal.”

Echa mano a su bolsillo
y un real en plata le da.
“Para tan alto señor
poca limosna es un real.”

“Pídeme tu, romerita,
lo que pidas hallarás.”
“Dame ese anillo de oro
que en tu dedo chico traes.

No me conoces, buen conde,
mira si conocerás,
el abrial de seda verde
que me diste al esposar.”

El conde al ver aquello
desmayado cae pa trás,
ni con agua ni con vino
se podía consolar
si no con palabras dulces
que la romera le da.

En cuanto que volvió en si,
en cuanto que pudo hablar:
“No me la maldiga nadie
que es mi mujer natural.

Quédense con Dios, señores,
con ella me voy casar.
Quédese con Dios la novia,
vestidita y sin casar.”